

2º D. CUARESMA. EVANGELIO SEGÚN SAN MATEO 17,1-9.

En aquel tiempo, Jesús tomó consigo a Pedro, a Santiago y a su hermano Juan y se los llevó aparte a una montaña alta.

Se transfiguró delante de ellos y su rostro resplandecía como el sol y sus vestidos se volvieron blancos como la luz.

Y se les aparecieron Moisés y Elías conversando con él.

Pedro, entonces tomó la palabra y dijo a Jesús:

-Señor, ¡qué hermoso es estar aquí! Si quieres, haré tres chozas: una para ti, otra para Moisés y otra para Elías.

Todavía estaba hablando cuando una nube luminosa los cubrió con su sombra, y una voz desde la nube decía:

-Este es mi Hijo, el amado, mi predilecto. Escuchadlo.

Al oírlo, los discípulos cayeron de brúces, llenos de espanto.

Jesús se acercó y tocándolos les dijo:

-Levantaos, no temáis.

Al alzar los ojos no vieron a nadie más que a Jesús solo.

Cuando bajaban de la montaña, Jesús les mandó:

-No contéis a nadie la visión hasta que el Hijo del Hombre resucite de entre los muertos.

HACIA LA TRANSFORMACIÓN DE LA SOCIEDAD

¿Acaso no estamos descontentos de la sociedad en que vivimos? ¿No se necesita una profunda transformación de sus estructuras?

Hoy el sentimiento de que vivimos en una profunda crisis está muy arraigado. La crisis económica que padecemos no es más que la expresión de la crisis existencial en la que estamos inmersos.

No es difícil vislumbrar que lo más básico no funciona. Que el mundo es hoy una patria sin gobierno movido únicamente por los intereses del dinero. Que los poderes públicos se muestran impotentes para solucionar los problemas más urgentes, que no haya gente que muera de hambre o que el medio ambiente no sufra el acoso despiadado del hombre poniendo en riesgo su propia continuidad.

¿Quién puede estar satisfecho de que las empresas tengan como principal y casi único objetivo el beneficio económico, al margen de la dignidad de la persona cuyo papel se reduce al de un elemento de producción más a su servicio?

¿Quién puede estar satisfecho con los niveles de injusticia y de corrupción que se viven hoy?

Sin embargo esta sociedad no es otra cosa que la suma de las actitudes y obras de las personas que la formamos. No es, por tanto, la sociedad la responsable de su mal funcionamiento, sino las personas que la constituyimos.

Se dice que el dinero es lo único que mueve el mundo, pero la realidad es que es la ambición del hombre la que a través del dinero lleva al mundo a la deriva

Se dice que la sociedad es injusta cuando la realidad es que ello es producto de las acciones injustas de las personas

Se dice que la sociedad es insolidaria cuando ello no es más que el fruto amargo del egoísmo de las personas.

La tentación de la violencia para cambiar esta sociedad ronda la cabeza de algunos. Sin embargo el atajo de la violencia no es el método de Jesús.

Él también vivió en una sociedad profundamente conflictiva e inestable, una época de crisis, y de ninguna manera se rebeló contra ella utilizando la razón de la fuerza.

Sin embargo, Jesús no eludió los conflictos, en cuanto enfrentamiento de hombres que no se aceptan en fraternidad, justicia y verdad.

Su camino no fue otro que el de humanizar esos conflictos, transformar el corazón del hombre hasta el extremo de hacerlo sentir, al próximo como hermano, como persona a quien amar, como persona a proteger, incluso a los enemigos.

Pero, ¿creemos en una sociedad nueva, en un nuevo tipo de hombre? ¿Queremos realmente una transformación social y personal?

Muchas veces no hacemos sino jugar con las palabras, diluyendo nuestras responsabilidades en la impotencia para abordar la solución de un problema de semejante envergadura.

Pero, para transformar esta sociedad, para construir el reino de Dios que predicaba Jesús, para construir una sociedad más justa y solidaria, si de verdad creemos en Jesús, no hay otro camino que poner en marcha una transformación personal.

Adoptar la decisión unilateral, sin exigir que otros cambien para cambiar yo, de incorporar a mi vida pensamientos, palabras y obras que me pongan en el camino de vivir en verdad, de renunciar al estilo de vida egoísta en el que puedo estar confortablemente instalado y de comenzar a escuchar y responder, con más valentía, a la interpellación que nos llega de los más desvalidos de nuestra sociedad.



Esta es la lucha emprendida por el Papa Francisco, cuyo testimonio debe animarnos a nosotros también a trabajar en favor de una sociedad más justa y solidaria. Él lo dice, en favor de los pobres.

El latido de la Cuaresma pretende sonar como el timbre de un despertador para invitarnos a replantearnos la vida, para emprender un camino de transformación, el camino de la transfiguración de la que se habla en el Evangelio de hoy, con la esperanza de que al final del camino alcanzaremos lo que hoy nos llama a recorrerlo. ¡Que así sea!